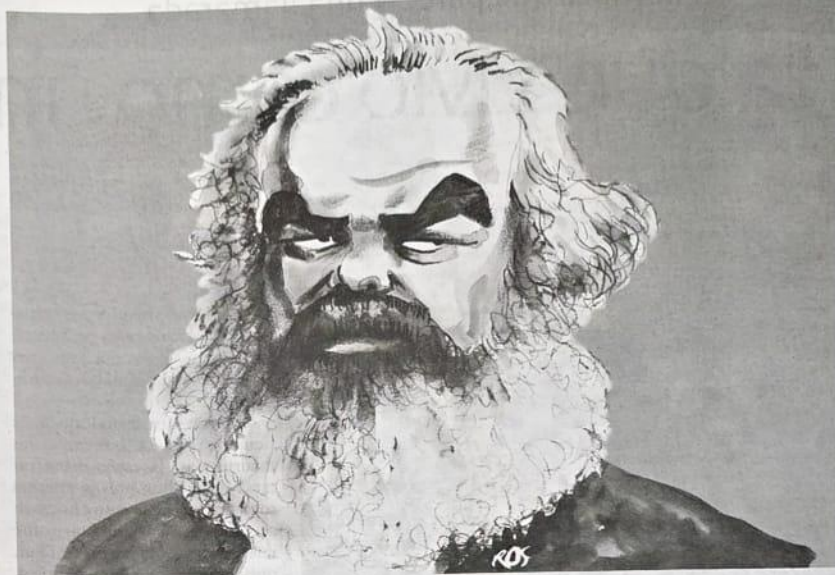


columna

RAMÓN DÍAZ

Que Marx fue un líder revolucionario es un lugar común. Que, hoy en día, a siglo y cuarto de su muerte, sea aún el principal de todos ellos probablemente suscitaría un fuerte asentimiento tanto a la izquierda como a la derecha del espectro político universal; número 1 en lo teórico, compartiendo con Lenin, este como hombre de acción, por más que esgrimiese sobre todo la pluma, la cúspide de ese liderazgo. Pero —es la pregunta que querría compartir hoy con los lectores— ¿en qué carácter podría sustentarse esa distinción? Filósofo, sociólogo, político, bajo los tres rubros podría competir, aparte de literato, cuyo brillo en el género panfletario es indiscutible. Algunos querrían postularlo como economista, pero eso, como veremos, requiere un tratamiento cuidadoso.



Filósofo, sociólogo y político, aparte de un brillante panfletario, sus conclusiones económicas y políticas fueron un tremendo fracaso

¿Quién fue Karl Marx?

Marx de joven pasó cuatro años estudiando filosofía en la Universidad de Berlín. Allí se unió a los jóvenes Hegelianos, que tenían un ala revolucionaria. La filosofía de Marx tomó su punto de partida en la de Hegel, a la sazón ya fallecido. Después de que Kant pronunciase inaccesible el conocimiento absoluto de la realidad, una generación de filósofos alemanes, Hegel entre ellos, intentó superar aquel relativismo. Aunque el hombre no pudiera conocer el mundo que encuentra dado, ha comentado Hannah Arendt, debería al menos poder conocer lo que de él es obra suya. Eso no puede ser sino la historia. Se requiere, para que la historia pueda desempeñar ese papel protagónico, la teoría de una fuerza unívoca que la haga avanzar hacia la culminación de la realidad absoluta. Esa fuerza, para Hegel, es la razón. Pensándose a sí misma, ella ha de llegar a su maduración total. Para ello tendrá que llegar a ser una y libre. Guiada por el

Esíritu, personalización de la razón, arriba en cierto momento a las autocracias orientales. Pero allí no encontramos más que un agente libre, el soberano, siendo los demás sus esclavos. El progreso, conforme a la configuración de la razón, procede por un itinerario dialéctico. El enfrentamiento de los contrarios, amo y siervos, da por resultado sociedades donde hay un núcleo significativo de libres, como en la polis griega, los demás permaneciendo esclavos. En último término se arriba al Estado prusiano, que plasma una síntesis definitiva, que se autogobierna y goza de perfecta libertad. Es la maduración de la realidad absoluta y el fin de la historia.

Marx toma de Hegel los conceptos básicos, pero, percibiéndolos cabeza abajo, busca restituirlos a la posición natural, sustituyendo al espíritu por la materia. El hombre depende de la materia para vivir, siendo esta por tanto la fuerza esencial de la historia

("materialismo histórico"). Mientras la propiedad de la tierra y los animales se mantiene en común esa fuerza es solo latente. Cuando la propiedad privada surge, aparecen las clases sociales, y las diferencias que las caracterizan, y la dialéctica, como en Hegel, se encarga de impulsar el carruaje de la historia. La esencia de la historia, dice Marx, es la lucha de clases. Cada cambio en la forma de producción altera el mapa de las clases, como el de la cultura en general, e introduce nuevos enfrentamientos entre privilegiados y desposeídos. Al acercarse la culminación de los tiempos, las clases tienden a concentrarse en dos grupos, cuya colisión definitiva se encargará de conducir a la historia hasta su desenlace final. Será el choque entre burgueses y proletarios, siendo la victoria de estos la que imprimirá a la metahistoria —la historia *stricto sensu* ya habrá concluido— un pináculo de abundancia, consistente con un inusitado

nivel de ocio, así como libertad e igualdad perfectas para todos.

La semejanza de las dos doctrinas salta a la vista; pero también se destaca en la de Marx un componente no incluido por su antecesor: la profecía. O el factor utópico, podría también decirse. Hegel sitúa el Estado prusiano en la cúspide de la historia. Ello podría suscitar escepticismos en cuanto a que esa organización fuere digno de tan señalada jerarquía. Pero nadie pudo ni puede negar que llegó a concretarse. En cambio, la comunidad de libres e iguales en que Marx sitúa su pináculo histórico es apenas una idea. Algo, para un filósofo materialista, no demasiado importante. Pero el vacío en la doctrina marxista es mucho mayor aún. La filosofía materialista hizo que la economía fluyese por los surcos de su metafísica. El gran esfuerzo de Marx en ese sentido se limitó a pronosticar la inevitabilidad de la revolución proletaria en los paí-

ses altamente industrializados, propósito central de *Das Kapital*. Ella se apoyaba ante todo sobre la tesis de la caída sostenida del salario real. Mientras Marx pasaba décadas en el Museo Británico juntando material para sostenerlo, los salarios reales en Europa occidental no dejaban de subir, a una tasa anual del 2%, que entre la aparición del *Manifiesto* y la final del *Capital* deben haberse triplicado. De hecho, ninguna de las revoluciones marxistas se atuvieron a la teoría respectiva en cuanto al escenario en que se desarrollaron.

También difirieron de las enseñanzas del Maestro en lo concerniente a su comportamiento una vez alcanzado el poder, y puesta en práctica la llamada por aquel "dictadura del proletariado". Según Marx, el Estado, una vez eliminada la dominación de clase, perdería su razón de ser, y pronto se disiparía en la nada. De hecho, el Estado bolchevique fue endureciéndose con el pasaje del tiempo, y cuando aflojaron un poco en los 1980 la URSS "involucionó" hacia el capitalismo. Según Marx, asimismo, la productividad del trabajo iba a crecer notablemente durante el socialis-

Pronosticó la inevitabilidad de la revolución en los países industrializados, debido a la caída del salario

mo. El resultado efectivo de la colectivización fue nada menos que un desastre. Economías colectivizadas no quedan más que dos, cuando un cuarto de siglo atrás abarcaban un tercio de la humanidad, y las dos que quedan son patéticos fracasos, mantenidos en pie a fuerza de terror.

La filosofía de Marx abarca su economía, e igualmente su sociología (materialismo histórico), y el conjunto es un tremendo fracaso. Queda su estilo panfletario para rescatar. Cuando leí el *Manifiesto Comunista* quedé deslumbrado. Tenía quince años. Cuando años más tarde leí *Das Kapital* me resultó claro que tardara tanto en terminarlo y que Engels tuviera que rematarlo con fórceps para enviarlo póstumamente a la imprenta. Creo que quedan hoy muchos que se consideran marxistas, pero ello me resulta inexplicable.